

DESDE LA GRATITUD: UNAS PALABRAS PARA EL RECUERDO

Desde un tono personal, escribo estas líneas a un profesor y colega, Dr. Juan Guillermo Muñoz Correa, con quien he compartido –al igual que otros colegas– el amor por la historia, su enseñanza y difusión.

No siempre tenemos la posibilidad de reconocer en vida a aquellos que han dejado huella indeleble en estudiantes y colegas, por su honestidad, su sabiduría, su gran entrega pedagógica, por sus aportes a una mejor comunidad universitaria y sobre todo por la camaradería sincera.

Resalto en el profesor Muñoz su manera de entender la historia, en el que combinaba una gran erudición con una narrativa distintiva. Juan Guillermo, es un amante de los archivos, con él aprendimos en nuestra época de licenciados cómo se distinguían los gramajes del papel donde dejaba huella la Corona y el Estado Español, así como una palabra completamente desconocida por los que se iniciaban en el camino de la investigación: “Paleografía”. ¿Qué era eso? ¿Para qué servía?, fueron nuestras preguntas nacidas de la ignorancia, pero también de una generación en transición al proceso de transcripción y digitalización de la documentación de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Es cierto, sólo un historiador puede extasiarse con tener entre sus manos documentos que nos conectan con los pasados más lejanos, donde la grafía dejaba huella de las transformaciones culturales, sociales y económicas. Sólo un historiador puede apreciar el valor de disponer de ese acopio de materiales, cuyo rescate de los avatares del tiempo se hizo a través de rollos microfilmados que se leían, con harto esfuerzo y dedicación, desde una máquina cuyos focos no siempre permitían una tarea fluida, pese al manejo de los más adelantados en la ciencia de la escritura antigua. Hoy existe en nuestra casa de estudios una sala que dispone de un letrero que indica “Paleografía” y más de alguno habrá escuchado un diálogo de estudiantes que se preguntan qué significará eso.

Juan Guillermo es un profesor querido por sus alumnos y que profesa una gran vocación pedagógica. Cómo no agradecerle al profesor cuando le pedí, como jefa de carrera, que dictara una tutoría con un estudiante a quien le faltaba sólo un ramo para terminar sus estudios. Accedió con la misma dedicación que profesaba siempre a la docencia, tanto que después de planeada la asignatura fue a visitarme a la oficina y me dijo: “¿Me dijiste que era una tutoría?. No sé que pasó pero ahora ¡¡¡tengo 12 inscritos y no caben en mi oficina!!”. Solo personas como él podían tomarse tamaño cambio de planes con humor y seguir dictando, para todos los que quisiera el taller de paleografía que no formaba parte del plan de estudios.

El profesor Muñoz ha sido un maestro. Trabajaba con sus estudiantes y los formaba como quien va creando a un artista, cuya obra de arte tendría el trasfondo del maestro y la creatividad autónoma de quien se iniciaba en los oficios de la historia. Su dedicación siempre ha sido reconocida por quienes lo tuvimos por profesor y quizás con su ejemplo también aprendimos que la historia estaba en la dificultosa línea entre el arte y la ciencia, entre el saber erudito y las dimensiones estructurales de la sociedad, la economía y la cultura.

Su erudición lo convirtió en uno de los estudiosos del vino chileno en la Colonia. Cuando en alguna celebración se descorchaba una botella, todos esperábamos que Juan Guillermo nos deleitara con los datos siempre sabrosos de la cepa, el origen, los dueños de la tierra, las formas de producción, entre tantas otras cosas que hacían de dicha experiencia etílica un viaje mágico por los tiempos pasados y presentes. Siempre dispuesto a compartir

con sus colegas, lo caracterizaron el compañerismo, la lealtad, la honestidad intelectual y su sencillez. Colaborador siempre presente, asumía con rigor las tareas de que como departamento y universidad se le asignaron. Fue Director de la Unidad, Director del Magister y Participó activamente de la creación del programa de Doctorado.

Podría continuar con la descripción de este colega y maestro, cuya risa inconfundible, sus salidas a terreno, su compañerismo a toda prueba, nos han hecho extrañarlo todo este tiempo en que ha estado alejado de nuestros pasillos.

Espero que el “profe Juangui” al leer estas líneas vea y disfrute todo afecto de quienes hemos compartido con él, y, en este caso particular, el de una ex alumna, colega y directora de esta revista que tiene el honor de dedicarle un número completo para reconocer su aporte historiográfico, junto al renacer de la historia colonial.

Dra. Cristina Moyano B.
Directora
Santiago, 15 de mayo 2017.